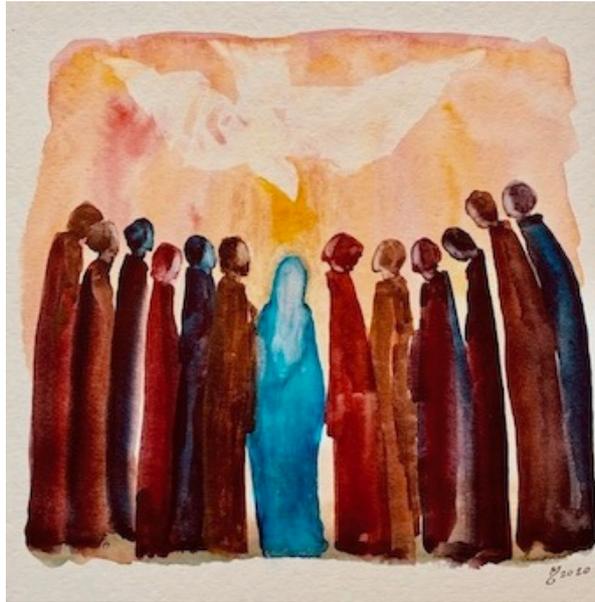


Sinodalidad de comunión



Queridos hermanos y hermanas, al visitar el Capítulo General de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia el pasado 10 de febrero, fiesta de Santa Escolástica, en vísperas de la elección de su nuevo Abad General, impartí una charla sobre la sinodalidad que provocó un buen diálogo tanto en la asamblea como después. Luego lo propuse a algunos Capítulos de Congregaciones, y me di cuenta de que sería útil para toda la Orden conocerla, también para prepararnos para nuestro Capítulo General de octubre próximo. Por eso he pensado en enviaros esta conferencia como carta de Pentecostés, también porque la sinodalidad es quizás uno de los principales dones que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia desde sus orígenes. Hoy, el Papa Francisco nos invita a redescubrir la naturaleza sinodal de la Iglesia como un renovado Pentecostés al servicio de la nueva evangelización de nuestro mundo herido y sediento de salvación y paz. Unámonos a él, y a todo el Pueblo de Dios, en este deseo y compromiso, y recemos para que el Espíritu Paráclito nos haga, como María y los apóstoles, humildes servidores y fieles amigos de Cristo Redentor. ¡Santo Pentecostés para todos!

El despertar de la sinodalidad

Desde que el Papa Francisco lanzó el camino sinodal, recordando que la sinodalidad es parte de la naturaleza de la Iglesia, soy cada vez más consciente de qué forma nuestro carisma benedictino-cisterciense está marcado por la sinodalidad eclesial. Sabemos hasta qué punto la Carta de Caridad es una obra maestra de la conciencia sinodal de nuestra familia monástica, y como la Regla de san Benito inspiró esta conciencia y experiencia sinodal en nuestros primeros Padres. Me doy cuenta de que esta toma de conciencia y esta experiencia a la que la Iglesia, 60 años después del Concilio, parece estar despertando, provoca en nosotros un despertar de la conciencia y de la experiencia de nuestro carisma. En lo concreto de nuestras reuniones capitulares u otros encuentros, en la colaboración entre nuestras Ordenes y en la Familia Cisterciense,

o más ampliamente en la búsqueda de soluciones a los problemas y debilidades de nuestras comunidades, por ejemplo, en las Visitas regular, nos damos cuenta de que ninguna solución puede dar esperanza si no marca el inicio de un “camino juntos”, de un camino sinodal, en el que encontramos unidad y energía en el seguimiento de Cristo, “Camino, Verdad y Vida” que nos llama a seguirlo con amor y confianza.

“Tomás le dice: «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Jesús le responde: «Yo soy el camino y la verdad y la vida.»” (Jn 14,5-6).

Nosotros también nos preguntamos con frecuencia: “¿Cómo podemos saber el camino?”, el camino que nos toca caminar hoy, tal vez en la noche o en la niebla, tal vez después de que los caminos recorridos durante tanto tiempo, que nos afianzaron, resultaron intransitables, demasiado escarpados para nuestras fuerzas, demasiado resbaladizos por el barro con que tantos de nuestros errores o nuestras infidelidades los han cubierto. Tantos puentes se derrumbaron, tantos túneles se llenaron de escombros, tantos senderos se volvieron demasiado peligrosos para recorrer. Ante esto, resuena claramente la respuesta de Cristo a Tomás, el discípulo desorientado: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”. Y añade: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6).

Tomás, como nosotros, debe comprender que no encontrará la solución a su desorientación por el descubrimiento de un nuevo camino practicable y seguro que podría abrirse ante él por un milagro, sino por una Persona presente que dice con certeza: “¡Yo soy el Camino!” De repente, Tomás y los demás apóstoles se dan cuenta de que estaban buscando el camino escudriñando el horizonte, el futuro, el espacio y el tiempo ocultos por la oscuridad y la niebla, cuando en realidad estaba justo frente a ellos, allí con ellos, sentado a la mesa con ellos. Captaron, pero por el momento sin entenderlo bien, que el camino era un camino con Cristo, un camino que no empezaba primero con la construcción de caminos, puentes, túneles, caminos de montaña o senderos en el desierto, sino sentándose, como María de Betania, en la mesa de la comunión con Jesús y, por El, de la comunión con el Padre en el Espíritu Santo.

La sinodalidad comienza y se nutre en la comunión, y permanece verdadera y fecunda, sigue siendo cristiana, si el camino que implica sigue siendo siempre un camino con Cristo y con nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

¡Id! Yo estoy con vosotros

Recientemente me di cuenta de que la última escena del Evangelio de Mateo describe el inicio del camino sinodal de la Iglesia con todos los elementos para vivirlo.

“Los once discípulos fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Cuando lo vieron, se postraron, pero algunos dudaron. Jesús se acercó a ellos y les dijo: «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. ¡Id y haced discípulos de todas las naciones: bautizadlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado! Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»” (Mt 28,16-20)

Jesús envía a sus discípulos en misión a todas las naciones y hasta los confines del mundo con la tarea de difundir la comunión trinitaria por toda la humanidad, bautizando a todos los hombres en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Les asegura que permanecerá con ellos, es decir, en comunión con ellos, cada día y para siempre. Esto crea inmediatamente una característica ineludible de la misión cristiana:

sólo puede tener lugar en la comunión de los discípulos entre sí. Jesús dice: “¡Id!”: es una misión declinada en plural, que debemos vivir siempre como un “nosotros” eclesial que transmite el gran “NOSOTROS” de las tres Personas de la Trinidad.

Incluso durante su vida terrena, Jesús nunca envió a un discípulo solo en misión, sino siempre al menos dos. Me parece que la única vez que dejó ir solo a un discípulo fue cuando le dijo a Judas, después de darle el bocado: “Lo que tienes que hacer, hazlo pronto” (Jn 13,27). Los demás pensaban que Judas había recibido de Jesús una misión que cumplir, pero era más bien Satanás quien acababa de entrar en él, quien lo empujaba, quien movía sus pasos, quien lo enviaba solo a traicionar la misión de Cristo.

No es sólo por una cuestión práctica y de apoyo mutuo, por lo que Cristo envía a sus discípulos de dos en dos. De hecho, cuando los envía, les da el poder de curar a los enfermos, expulsar demonios, resucitar a los muertos, sobrevivir al envenenamiento, etc. Si alguien tiene todos estos poderes, incluso si está solo, debería ser invencible. ¿Qué necesidad tendría de apoyo fraterno? En realidad, Jesús quiere que la misión de los discípulos muestre fuerza en la debilidad: “¡Id! Os envió como corderos en medio de lobos” (Lc 10,3), y luego añade que no deben llevar dinero, ni provisiones, ni objetos útiles para la misión. Sin embargo, acababa de decir que los trabajadores son pocos (cf. Lc 10,2). Pero en lugar de proporcionarles defensas, armaduras, permitiéndoles formar un pequeño ejército para defender su seguridad, los envía desarmados, desprotegidos, sin medios, exponiéndolos al martirio.

La sustancia de la misión.

Todo esto pone de relieve la importancia de lo único que Jesús permite llevar con nosotros en la misión: el amor fraterno, la amistad, la atención recíproca, en definitiva, la comunión. Los discípulos no la necesitan para ser fuertes ni para resolver las dificultades del camino, sino precisamente para evangelizar, no sólo hablando del acontecimiento de Cristo, sino transmitiéndolo, transmitiendo la experiencia de él, y una experiencia actual, no sólo una experiencia del pasado, o quizás una experiencia prometida para el futuro. La comunión fraterna en Cristo es la sustancia de la misión, de toda la misión de la Iglesia, incluso de la misión de los monasterios. La comunión es la razón, el método y la meta; el origen, sentido y finalidad de la misión de la Iglesia.

Inmediatamente después de que Judas salió del Cenáculo, Jesús habló a los demás apóstoles: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado, también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tuviereis amor los unos con los otros.” (Jn 13,34-35)

La comunión es amor recíproco, amarse unos a otros. Es la llama del amor que Jesús prende en sus discípulos y que prendió en la Iglesia amándonos hasta el extremo, lavándonos los pies, hablándonos del Padre y estando realmente presente entre nosotros.

La indisolubilidad entre comunión y misión se expresa en dos palabras similares de Cristo que se reflejan como dos pantallas en medio de las cuales se desarrolla todo el misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor:

“Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor.” (Jn 15,9)
“«¡La paz sea con vosotros! Como me envió el Padre, así os envió yo». Habiendo dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo».” (Jn 20,21-22)

La comunión es ese amor trinitario entre el Padre y el Hijo en el don del Espíritu que es radiante por naturaleza. La comunión comunica. La comunión es por naturaleza una comunicación. Y la misión es la comunicación de la comunión. Sin comunión, no hay misión. La comunión es la sustancia de la misión. Solo la comunión es, pues, el sujeto de la misión en el sentido de que, si no hay una experiencia de comunión, una realidad de comunión, es decir una comunidad, aunque sea entre dos personas, un estar juntos, un “nosotros”, si no hay eso, la misión se asemeja a la luz de esas estrellas que se extinguieron hace millones de años y nos llega ahora. Estaríamos equivocados sobre la existencia de estas estrellas. En realidad, esta luz ya no tiene origen, ya no tiene sustancia, ya no hay ningún objeto que la irradie.

Morir a uno mismo para vivir en comunión

Id... Bautizad... Enseñad... “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,19-20). Cristo debe permanecer siempre con nosotros amándonos como el Padre lo ama para alimentar la comunión fraterna que se extiende a todos los pueblos. Tengo la impresión de que la gran crisis de la misión de la Iglesia, a todos los niveles, incluso en nuestras Ordenes monásticas, no es tanto una crisis de compromiso misionero, sino precisamente una crisis de comunión, de la experiencia de la comunión de Cristo. Y corremos el riesgo de desperdiciar la gracia de este tiempo si no comprendemos cual es la conversión a la comunión que nos pide la sinodalidad para ser fecunda como misión. En otras palabras, tengo la impresión de que, al vivir la misión de la Iglesia, a todos los niveles, no es tanto la misión misma lo que da miedo, sino la comunión. ¿Por qué? Porque para vivir la comunión, más que una decisión exterior, más que un compromiso exterior, se nos pide una conversión interior, se nos pide vivir un proceso que nos cambia en profundidad. También la misión requiere ciertamente una decisión interior, requiere caridad, requiere sacrificio, capacidad de anuncio, de testimonio hasta el martirio. Pero es sobre todo la comunión la que exige una profunda conversión de uno mismo, un paso de carácter pascual, una entrada en la vida que pasa por una muerte. Porque la comunión exige un paso del “yo” al “nosotros”, pasaje en el que el “yo” debe morir para resucitar.

No nos convertimos en “nosotros” sumando, sino por una transformación pascual. El “yo” no se convierte en un “nosotros” simplemente agregando otros “yoes” a mi “yo”, como se agregan monedas a la que ya tengo. En efecto, Jesús ha escogido la parábola del grano de trigo para explicar de qué manera pasamos del “yo” al “nosotros”: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. Quien ama su vida la pierde; y el que la pierda en este mundo, la guardará para la vida eterna.” (Jn 12,24-25)

Jesús nos recuerda que la fecundidad consiste en “no quedarnos solos”, en convertirnos en un “nosotros”. Uno no da fruto si es fuerte, bello, inteligente, numeroso. Somos fecundos si vivimos la comunión. El que piensa amar su vida amando su propio individualismo, su propia comodidad, su propia ganancia, su propio interés, su propia

gloria, ese pierde la vida. Por eso Jesús literalmente nos llama a “odiar”, no tanto la vida, sino la imagen falsa, egocéntrica y autosuficiente de la vida que llevamos dentro de nosotros a causa del pecado.

La comunión da miedo porque implica la muerte de uno mismo. Cuando Juan escribe en su primera carta: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, en que amamos a nuestros hermanos. El que no ama, permanece en la muerte” (1 Jn 3,14), de hecho, nos hace comprender que para que el amor fraterno nos haga pasar de la muerte a la vida, es necesario morir a la vida equivocada de amarse a uno mismo.

Los grados de la resurrección

¿Cómo se produce este renacimiento a una comunión que irradia la presencia y el amor de Cristo? Cuanto más medito la Regla de san Benito, más me doy cuenta de que nos ofrece un proceso de conversión a la comunión de Cristo. Toda la Regla propone y vuelve a proponer etapas de crecimiento en la vida de comunión para pasar, a través de la muerte de nuestro falso “yo” aislado, a la vida pascual del “yo” en el “nosotros” eclesial.

Por eso me parece útil, en servicio al Capítulo General y a nuestras opciones y decisiones, meditar juntos el breve, pero intenso capítulo 3º de la Regla, porque describe precisamente un método de sinodalidad y discernimiento en comunión.

Se trata de la convocatoria de los hermanos a consejo. El verbo utilizado habla precisamente de “convocatoria”, y por ello recuerda el significado original del término “*Ekklesia*”, tal como se empleaba en la antigua Grecia, que designaba a la asamblea popular en la que se discutían y decidían asuntos de interés general, y en el que todos los ciudadanos participaban con pleno ejercicio de sus derechos y con derecho a voz y voto.

La etimología de la palabra, como sabéis, se basa en el verbo *kaleo*, llamar, invitar, convocar, precedido de *ek*, es decir: de, fuera. Da la idea de una convocatoria por elección, de una asamblea a la que se llama por convocatoria personal, por elección o por derecho, como era la asamblea de ciudadanos en la antigua Grecia.

Los cristianos nos hemos apropiado de este término para designar a la comunidad de los creyentes en Cristo, el nuevo pueblo de Israel, llamados a reunirse en asamblea de comunión, tanto litúrgica y sacramental, como de discernimiento, al servicio de las decisiones que acordamos tomar para seguir caminando juntos en el seguimiento de Cristo, el gran y buen Pastor de nuestras almas.

Cuando una comunidad particular, de monjes o monjas, o una comunidad de comunidades como nuestras Ordenes, se reúne, debe renovar su conciencia de ser Iglesia, de ser una asamblea de personas llamadas por Dios a vivir la comunión en Cristo y expresarla como misión en el tiempo presente, adaptándonos a las circunstancias, leyendo los signos de los tiempos. El abad o el superior, tiene la responsabilidad de ser el primero en recordar esto y ayudar a los hermanos a ejercer una verdadera sinodalidad de comunión.

Como decía, esto requiere una conversión, una muerte a sí mismo, porque es sobre todo así como el superior y los hermanos están llamados a pasar del yo autónomo al nosotros, es decir, al yo en comunión, al yo fraterno.

Por eso me gustaría destacar del capítulo 3° de la Regla de San Benito, tres puntos fundamentales de cómo esto puede suceder. Me parece que Benito está describiendo ciertas dimensiones fundamentales de la sinodalidad de comunión que todos debemos profundizar y ejercitar hoy más que nunca en la situación en la que se encuentran la Iglesia y nuestras familias religiosas. Si parece que nos falta vitalidad, puede ser precisamente porque no estamos dispuestos a pasar de la muerte a la vida a través de un proceso de comunión fraterna.

1. Reunirse

El primer aspecto que se destaca es la importancia de reunirse. “El abad convocará a toda la comunidad” (RB 3,1). No es evidente que partamos de este presupuesto. Veo en mi ministerio que a las comunidades les cuesta encontrarse, juntarse, juntarse para compartir lo que pensamos, lo que vivimos, lo que experimentamos. Y, sin embargo, como ya he dicho, esta es precisamente la característica fundamental de la Iglesia: ser una asamblea de llamados, de personas llamadas a ser asamblea, una “congregación”, como San Benito define aquí a la comunidad, que es como decir, literalmente, un rebaño que está unido, y por tanto que reconoce a un solo pastor, como dice Jesús en el capítulo 10 de Juan: “Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor.” (Jn 10,14-16). Como cantamos en el *Ubi caritas*: “*Congregavit nos in unum Christi amor*”.

Esta resistencia a encontrarnos, no es un problema de hoy: ya existía en la Iglesia primitiva, como denuncia la carta a los Hebreos: “Estemos atentos los unos a los otros para estimularnos a vivir en el amor y a hacer el bien. No abandonemos nuestras asambleas, como suelen hacer algunos, sino animémonos unos a otros, tanto más al ver que se acerca el Día del Señor.” (Heb 10,24-25)

Evitamos algo por dos razones: porque no nos importa o porque le tenemos miedo. Tengo cada vez más la impresión de que, incluso detrás de la indiferencia hay un miedo, un miedo a la realidad, porque el encuentro, el encuentro con los hermanos y hermanas, es una inmersión en la realidad de la vida de otro que revela mi propia realidad, y eso da miedo. Pero cuando consentimos, cuando renunciamos a la resistencia y obedecemos a la realidad de los demás, encontrándolos verdaderamente, normalmente la realidad del otro se manifiesta en su verdadera belleza, que es buena para mí, una realidad “muy buena”, como dice el mismo Dios después de haber creado al otro en relación a Sí mismo, es decir, al hombre (cf. Gn 1,31).

Caín tenía miedo de vivir continuamente confrontado con la bondad de Abel, por lo que lo mata. Si hubiera buscado encontrarse con su hermano, si le hubiera hablado, si lo hubiera escuchado, habría descubierto que la compañía de Abel podía hacerle bien, enseñarle a vivir mejor, a tener una relación más profunda, más generosa, más de confianza con Dios.

Siempre me conmueve la escena de Jacob regresando a su casa con sus esposas, hijos y muchas posesiones, sabiendo que su hermano Esaú viene hacia él. Él está aterrorizado. Ya no sabe qué táctica usar, qué truco diplomático inventar para superar una realidad

que no puede imaginar más que negativa y hostil. Pero cuando se encuentra cara a cara con Esaú, se da cuenta de que su hermano lo ama, que llora de alegría al volver a verlo y besarlo, y que ha olvidado todos los engaños que la astucia de Jacob le hizo sufrir aprovechándose de su rudeza.

“Jacob levantó los ojos. Vio que venía Esaú y con él cuatrocientos hombres. Luego dividió a los niños entre Lía, Rachel y los dos sirvientes. A la cabeza puso a los sirvientes y sus hijos, luego Lía y sus hijos, y detrás Raquel y José. En cuanto a él, pasó por delante de ellos y se postró siete veces contra el suelo, antes de acercarse a su hermano.

Esaú corrió a su encuentro, lo abrazó, se echó a su cuello, lo besó y ambos lloraron.” (Gn 33,1-4)

Reunirnos en la Iglesia, en nuestras comunidades, no debe ser algo que sucede solo cuando tenemos que hacerlo. Debe ser una respuesta amorosa a una invitación amorosa, como cuando el rey en la parábola invita a la boda de su hijo (cf. Mt 22,1ss). ¡Qué difícil es tener el deseo de encontrarnos con toda libertad! ¡Qué pequeña es a menudo nuestra alegría al encontrarnos con nuestros hermanos y hermanas! Muchas veces no somos conscientes de que el encuentro en la Iglesia, el hecho de estar juntos en la comunidad, en la Orden, no tiene un carácter político, funcional, diplomático, sino teológico, porque es un modo esencial de crear en nosotros y entre nosotros la imagen de Dios-Trinidad que somos y que estamos llamados, invitados, a ser cada vez más. Temerlo, o rechazarlo por orgullo, es literalmente “diabólico”, es obra “del que divide” que quiere destruir en el hombre la imagen de Dios que Cristo regeneró con su muerte y resurrección y por el don del Espíritu de Pentecostés.

Las personas o comunidades que aceptan encontrarse se abren a la sorpresa de un milagro de comunión que el Espíritu siempre quiere realizar entre nosotros.

2. Escucharnos todos

El segundo aspecto que destaca san Benito en el capítulo 3 de la Regla, directamente relacionado con el primero, es que todos debemos escucharnos unos a otros. El abad no es el único que debe escuchar, de lo contrario no habría necesidad de convocar a toda la comunidad, bastaría que el abad consultara a cada monje por separado. Al contrario, es importante que cada miembro de la comunidad escuche a toda la comunidad. La escucha eclesial no es tanto una consulta como un compartir.

San Benito insiste en escuchar a cada hermano, incluso al más joven, es decir al último, porque la conciencia de lo que es mejor, de lo que Dios quiere de nosotros, es un consenso que se obtiene formando un collar de anillos que encajan uno en el otro, y cuando se une el último anillo con el primero, se forma el collar, que es hermoso y es fuerte.

La escucha de la que habla san Benito no es una cuestión de derechos democráticos: tiene una importancia teológica. “Hemos dicho que todos los hermanos deben ser llamados a consejo porque muchas veces el Señor revela a los más jóvenes lo que es mejor” (RB 3,3). Se trata de escuchar a Dios, y escuchando a Dios tenemos la certeza de saber “lo que es mejor”, lo que es más bueno, verdadero y bello para nosotros.

Así, la conciencia de esta preferencia de Dios por los más pequeños, los últimos, los menos importantes a nuestros ojos o a los ojos del mundo, se convierte en una

disciplina no sólo de escucha sino también de palabra. Cada hermano está invitado a hacerse pequeño, a hacerse “último”, a ocupar el último lugar en el banquete del compartir la Palabra: “Los hermanos, pues, expresen su opinión con toda humildad y sumisión, sin pretender imponer su opinión a toda costa” (3,4). Allí también hay una conciencia de que lo que nos abre a la verdad no es la afirmación de nosotros mismos, de nuestro ego, sino la afirmación del “nosotros”, la comunión. Solo una palabra expresada por un “yo” que se sacrifica por el “nosotros” es eco de la palabra de Dios, de la buena voluntad de Dios que quiere lo mejor para todos. En efecto, el “yo” que se sacrifica al “nosotros” se expande, se ensancha, hasta el punto de que su palabra se convierte en palabra de Dios, su voluntad se convierte en voluntad de Dios.

Esta atención a escucharse unos a otros con humildad hace crecer más la comunión que la toma de las mejores decisiones. El problema no es tanto tomar siempre las decisiones correctas, sino hacer crecer el consenso, el “sentirse juntos” de la comunidad, a partir del “*consensus fidei*” que el Espíritu Santo nos hace percibir cuando nos damos cuenta que la Palabra de Dios hace vibrar en nosotros y entre nosotros el mismo amor a Cristo, Camino, Verdad y Vida. “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24,32). Es la experiencia que estamos llamados a vivir siempre juntos, porque el Señor resucitado sigue presente, nos sigue hablando, camina con nosotros.

3. Autoridad sinodal: un corazón que piensa

El tercer aspecto, a mi juicio, es fundamental para vivir la responsabilidad y ser verdaderamente “autoridad”, es decir, capaz de hacer crecer a la comunidad en la comunión y la misión a la que Cristo la llama. San Benito pide al abad: “Después de haber escuchado la opinión de los hermanos, deliberará consigo mismo y hará lo que juzgue más útil.” (RB 3,2)

“*Audiens consilium fratrum tractet apud se et quod utilius iudicaverit faciat*”: esta frase merece ser meditada. El superior está llamado a juzgar y a actuar, es su responsabilidad y no debe prescindir de ella. Pero aquí San Benito nos ayuda a comprender que el buen juicio y la buena acción de un líder, la sabiduría del corazón y de la mano, como dice el Salmo 77 de David – “Los pastoreó con corazón íntegro, los guiaba con mano inteligente” (Sal 77,72) – son el fruto de una resonancia en el corazón a partir de lo escuchado de los hermanos y hermanas.

“*Audiens consilium fratrum tractet apud se*”. Nos parece escuchar a San Lucas cuando dice que “María guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2,19). María supo escuchar a Dios escuchando las palabras de los sencillos pastores que venían a adorar al Niño. El abad está invitado a hacer lo mismo escuchando a todos sus hermanos, hasta el último.

Esta meditación “*apud se*”, esta meditación con el corazón, se podría decir en el “*habitare secum*”, de lo que escuchamos de los demás, es quizás el aspecto más importante, aunque oculto, de la sinodalidad de comunión, y creo que no sólo se exige del superior sino de todos. Si la palabra compartida no desciende a la meditación del corazón, corre el riesgo de quedarse en una simple idea, información. No se convierte en semilla que cae en tierra y da mucho fruto, quizás después de una larga espera. En

esta meditación interior y silenciosa vivida en la oración, las palabras compartidas cobran vida, se hacen fecundas, se convierten en acontecimientos, nuevas realidades, procesos de nueva vida.

A menudo encuentro que este nivel de sinodalidad falta en mí y en muchos superiores. Pero si falta este “coloquio consigo mismo” de las palabras que intercambiamos, nos quedamos en un nivel político, tal vez ideológico, de la vida eclesial y comunitaria, de la vida de nuestra Orden, y luego la vida eclesial se torna frágil y disipada, sin unidad real, a merced de las luchas de poder.

Etty Hillesum escribe en el campo de Westerbork, después de haber escuchado a sus compañeras lamentarse por la noche: “Me gustaría ser el corazón pensante de todo un campo de concentración” (Diario, 3 de octubre de 1942). Sí, de eso se trata. Escuchándonos unos a otros, ofreciendo a las palabras, quejas, consejos, ideas y proyectos de nuestros hermanos y hermanas nuestros corazones que escuchan, que piensan, que meditan, como para ofrecer a las palabras la tierra donde germinar y dar frutos para el Reino de Dios.

El amor omnipotente

No puedo concluir esta modesta meditación sin pensar en el último encuentro entre Santa Escolástica con su hermano San Benito (S. Gregorio Magno, *Diálogos*, II, 33). Escolástica y Benito celebraban un pequeño “sínodo” fraterno anual, durante el cual alababan a Dios y tenían “conversaciones sagradas”. Al caer la noche, Escolástica invita insistentemente a su hermano a continuar este intercambio hasta la mañana “para hablar un poco de las alegrías de la vida celestial”. Benito no quiere escucharla por estricta fidelidad a la disciplina monástica. Sabemos en qué forma la oración de Santa Escolástica provocó una tormenta inmediata que obligó a Benito a quedarse con ella. “Pasaron toda la noche en vela, gozando de santas conversaciones sobre la vida espiritual”.

Cuando Benito reprochó a Escolástica haber provocado esta situación irregular, la hermana respondió con su conocida frase: “Mira, te suplicaba y no me escuchaste; imploré a mi Señor, y él me escuchó”.

El gran y sucinto comentario final de San Gregorio es este: “Según la palabra de Juan, «Dios es amor», y según el juicio más justo, la que más amó fue la más fuerte.”

Este episodio nos recuerda que la verdadera realización de todo proceso sinodal y fraterno no es sólo el consenso de palabras y juicios, sino el del amor, el consenso de la comunión en la caridad de Dios. A menudo fallamos en escucharnos verdaderamente unos a otros, caminar juntos hasta el final, y mucho más en amarnos unos a otros. Pero Dios repara todo, renueva la comunión, hace continuar el camino dando un amor todopoderoso a quienes le rezan y le aman como “su Señor”.

“Imploré a mi Señor, y él me escuchó”.

El santo Cura de Ars decía en uno de sus pensamientos sencillos pero intensos: “Nuestro Señor se complace en hacer la voluntad de los que le aman”.

Dios escucha a los que le aman, obedece a nuestro amor de mendigos.

Quizás con demasiada frecuencia nos olvidamos de amar a Cristo para que él pueda darnos el don de caminar juntos en su amor.